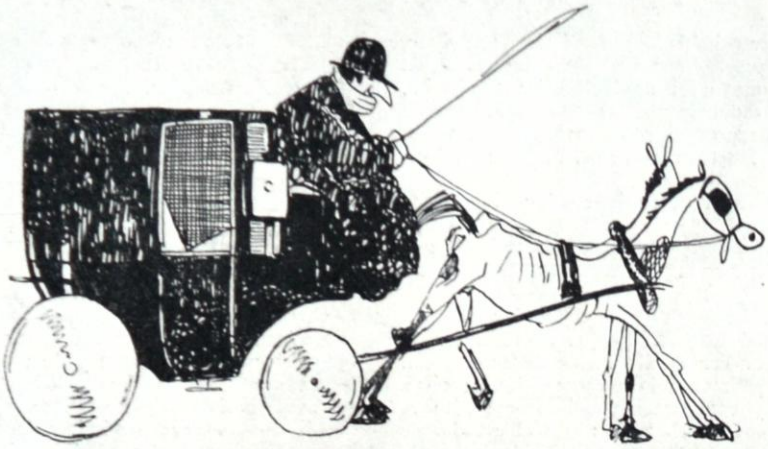
EL COCHERO



El coche siempre estaba parado en la Plaza Cagancha. Esto acontecía hace algunos años, pues actualmente, ya no se ven aquellos coches de alquiler, que fueron la delicia de nuestros abuelos. Todos lo conocimos al cochero. Tenía una nariz ganchuda, ojos pequeños, vivos, luminosos, y llevaba siempre una bufanda sucia en lugar de cuello. El sombrero luchó contra muchos inviernos; pero era como esas viejas reumáticas que se mueren infaliblemente en la primera estación lluviosa. Trabajaba noche y día con sus caballos flacos y macilentos. No les daba el pienso por no gastar, y vivían cabalmente de ilusiones, soñando, acaso, si es que tenían fuerzas para soñar, con algún paraiso de Francisco Jammes. ¡Pobres animales, que siempre me inspiraron simpatía!

El viejo cochero no los quería, les pegaba bárbaramente. Los pobre caballos sufrían un calvario lento, y él, entre tanto, iba acumulando dinero.

Una huelga de chofers le hizo ganar un platal. Tenía ahorrado dos o tres mil pesos. Sus amigos siempre le decían:

—Ponga su dinero en el Banco, don Próspero.

—¿Pa qué? Los Bancos siempre se funden Mire lo que pasó con el Banco Italiano.

Y empezaba a contar el mismo cuento que todos habían oído muchas veces.

Era el caso de una vecina, doña Eleuteria, que había colocado todos sus ahorros de diez años en el Banco Italiano. ¡Quinientos pesos! Y ahora, pobre y vieja, no tenía ni qué comer.

Don Próspero era suspicaz. Desconfiaba de los Bancos, porque le parecía que no eran suficientemente seguros. Y siempre repetía lo mismo:

—¿No vé lo del Banco Italiano?

Pocas veces prestaba dinero. Cuando lo hacía era a un interés usurario. Ya iba ganando fama de zaragüeta. Pero a él no le importaba.

¡No eran también zaragüetas, Basil Zarahoff y Morgán, y, sin embargo, gozaban del aprecio del mundo entero! Un día debió recibir don Próspero una dura lección.

Había llegado a su casucha, un estudiante muy compungido, pidiéndole un dinerillo en préstamo, con la garantía de un fuerte comerciante de la plaza. El estudiante, muy ducho «en aplicar la manga», se valió de todas las tretas imaginables para conmover al duro corazón de don Próspero. El estudiante le habló, con lágrimas en los ojos, de apremios económicos de su familia. Recién casado, su señora estaba por tener un bebé, y no tenía él ni para comprar la cunita Al fin el viejo cedió, y entrególe doscientos pesos.

Pasó un mes, dos y tres, y el estudiante cumplía estrictamente con su obligación, pero al cuarto mes y en los sucesivos, don Próspero no recibió un solo centésimo del estudiante. Recurrió al fiador, y éste le dijo que no podía pagarle porque tenía en su negocio un interventor y había llamado a concurso de acreedores.

Don Próspero se quería morir. ¡Doscientos pesos ahorrados con el sudor de su frente y el de sus caballos, que tan flacos estaban que parecían de palo! ¡Doscientos pesos! ¡Doscientos pesos!, exclamaba el viejo cochero.

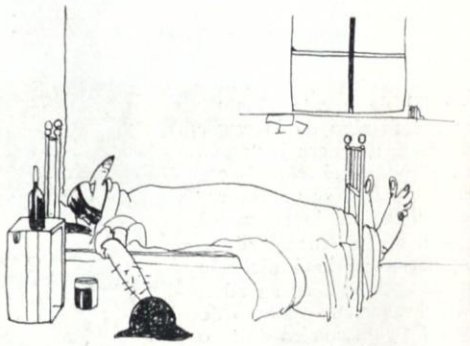
El comerciante fallido y el ingenioso estudiante se habían puesto de acuerdo, y entre ambos se repartieron los doscientos pesos, cien para cada uno. ¡Ésta fué la primer gran desgracia que le aconteció a don Próspero! Pero no fué la última...

Había adquirido don Próspero una calavera Era el único elemento decorativo de su cuartucho. Una cama, un cajón de kerosene, la vela y la calavera. La ropa la guardaba debajo del colchón, para que se le planchara, y para que nadie huroneara en sus bolsillos. La calavera era la caja de hierro de don Próspero. allí guardaba su dinero. Había ido formando poco a poco, paquetitos de billetes de cinco pesos y de a diez, y los introducía por el agujero occipital, que le servía a manera de abertura de una alcancía bancaria.

¡Les tenía horror a las alcancías de Banco! Prefería mil veces esta otra alcancía natural, más segura y al fin lo único que resta del hombre en la tierra, después que la muerte destruye el cuerpo humano.

Guardaba la calavera en un hueco que había abierto en el suelo, y la tapaba con tierra.

Una noche dormía don Próspero plácidamente sin pensar ni siquiera remotamente en los vaivenes de la fortuna, que de un día para otro, empobrece a los ricos y enriquece a los pobres, cuando se despertó sobresaltado por un ruido singular que se oía debajo del piso. Temió que fueran ladrones, siempre le preocu-



paban esa casta de seres que viven exclusivamente para apropiarse de lo ajeno. ¡Pero la calavera era tan segura! Y, además, ¡quién iba a sospechar que guardara su dinero en una calavera! Al rato volvió a sentir el mismo ruido en el cuarto. Era un ruido punzante, como si dientes muy finos se entrechocaran. Era un ruido extraño, nunca sentido.

Al fin don Próspero resolvió levantarse y escarbó en la tierra que cubría la alcancía.

Al levantar la calavera, lanzó un grito de terror y cayó desmayado. ¡Los ratones le habían comido los tres mil pesos en un pantagruélico festín!

Ildefonso Pereda Valdés.

(Monos de Poggi).